

Prólogo

Si fuera consecuente con el libro que sigue, este prólogo debería detenerse en su inicio, y apenas insinuar que se trata de un libro imposible, de algo imposible de escribir, que su autor luchó contra el malentendido del objeto cerrado, inteligible, coherente que supone la idea de libro, aunque también se habría resistido al carácter transitivo de un relato o de un método. Vale decir: ni un libro autónomo, tendiente a lo sistemático, ni un tratado sobre un objeto determinado, la “experiencia” en este caso. De modo que este prólogo tan sólo debería decir que la “experiencia interior” no puede describirse y que para muchos, lejos hasta del recuerdo de toda mística, la verdadera “experiencia interior”, lo imposible de transmitir y a la vez lo que más importa comunicar, habrá sido leer este libro, su desgarramiento, su fragmentación infinita.

Esa impresión de enfrentarse al bosquejo de una experiencia que, si lograra conceptualizarse y definirse, de alguna manera se perdería, se ve acentuada por el inacabamiento que presidió la composición del libro desde su origen. Las introducciones y los planes fracasan cuando intentan justificar la inclusión de confesiones, anécdotas, citas filosóficas y momentos argumentativos, a los que se sumarán en nuevas ediciones los ejercicios de meditación, las recapitulaciones de lo dicho y lo indecible en una primera versión, los epílogos que no cierran nada. Quizás lo único que debería añadirse aquí, teniendo en cuenta que a esta nueva traducción se suman medio centenar de variantes y desarrollos inconclusos que nunca se editaron antes en español, es que dichos manuscritos inéditos aumentan, como con una lupa de múltiples cristales diminutos, el efecto de un libro interminable, y al mismo tiempo la autenticidad de su impulso. Incluso en una de esas variantes que Bataille nunca publicó, se dirige en segunda persona a su lector y lo incita a tener una experiencia, aunque esta implique, casi necesariamente, el desprecio por el libro que tiene enfrente. Ese fragmento se titula “De la angustia a la gloria”, y en cierto modo continúa o recibe los ecos de

la faja que anunciaba la primera edición y que rezaba: “Más allá de la poesía”. La poesía, como el libro, como el pensamiento, se entrega a la angustia que suscita el lenguaje, en la medida en que es insuficiente, en tanto que su articulación de unidades obstruye el ansia de una totalidad desarticulada, el cuerpo; por otro lado, en esa herida del lenguaje que sólo un sacrificio de palabras hace perceptible, a través de su apertura, se encontraría la “gloria”. La comunicación, que enlaza a dos seres incompletos por medio de su inacabamiento esencial, provocaría alguna especie de indiferenciación entre el autor y el lector, y ahí se daría la experiencia. Sin embargo, el libro no deja de fracasar, en el mismo momento en que quiere ser un libro, cuando la experiencia habrá sido la de querer serlo todo. El libro discontinuo se detiene siempre ante el continuo ilimitado de la experiencia que intenta comunicar. Las variantes y los planes de continuación, la misma intención de Bataille que proyecta la *Suma ateológica* con otros dos libros como en una trilogía aún menos sistemática, dan cuenta una y otra vez del cuestionamiento que la escritura le hace a lo escrito, o más bien que la experiencia le hace al lenguaje. La autenticidad de la experiencia debería traducirse en la autoridad con la cual cada fragmento, cada relato o cada ensayo o cada poema, cuestiona todo. Las notas marginales cuestionan el libro, la trilogía será cuestionada por otra trilogía, inconclusa, que debería disponer de manera menos personal los “resultados” de la experiencia. Pero hablar de “resultados” le quitaría a la experiencia su soberanía, su subordinación, y entonces quedaría desautorizada, serviría para algo que ella no es. ¿Qué es la experiencia interior? No es algo que está en el libro, aunque muchas veces se la defina, aunque quizás sea el libro mismo en su vértigo. ¿Tenemos una “experiencia” leyendo a Bataille? Si no fuera así, si lo consumiéramos como literatura o filosofía, o como mezcla confesional de ambos géneros, no percibiríamos el origen de su fragmentación y de su carácter interminable. El libro cobraría vida y nos despreciaría –y entonces también habría una experiencia, ya que es sabido que los libros son meros objetos.

Porque el lector está en una posición invertida: especula, deforma lo escrito. Nada le es más ajeno que la escritura de la experiencia o que la experiencia como escritura. De esa exterioridad, que le hace imposible experimentar lo que lee, proviene su comunicación con ese otro, el inalcanzable y vacilante muerto que escribiera un libro. Bataille dirá incluso que no puede imaginar un lector para lo que está escribiendo, y que esa imagen sólo sería posible con su muerte. Como si dijera: yo, que escribo,

no puedo imaginar el libro y su destino sino como el acercamiento a la experiencia única, intransmisible, de mi muerte. Puesto que querer serlo todo es ya no ser más el que soy, desvanecerse como cuerpo y como pensamiento: una experiencia de la que ya no se puede contar nada, porque no hay nadie ahí para contarla. Y al leer este proyecto de libro que comprometió una vida, ¿no somos acaso la muerte de Bataille viviendo una vida humana?

El libro entero responde entonces a la única pregunta: ¿qué es la experiencia interior? Y la respuesta se reduce a un esquema negativo: la mística sin dioses. Pero el libro no existiría si esa respuesta hubiese bastado. Si la mística suprime o excede al yo, ¿quién se autoriza a escribir esa experiencia? Y además, ¿por qué sería “interior”? De alguna manera, este adjetivo induce a pensar en estados de contemplación, de quietud, y podría dar lugar al equívoco de alguna suerte de introspección o trabajo de la conciencia. Pero la unidad de lo interior se disuelve en la experiencia, que a fin de cuentas es nada, es el no-saber o el saber de nada. Incluso podría decirse que no es una experiencia individual, un cuidado de sí, sino el movimiento que convierte lo supuestamente interior en superficie, ya que el cuerpo –acéfalo en el origen de la vida– sólo es una bolsa o un tubo.

En los tomos sucesivos de la *Suma ateológica*, estas salidas de sí podrán describirse como experiencias de relación con otros: la muerte ajena, del ser amado, y la lectura, la identificación con las huellas escritas. Laure, la experiencia de lo sagrado, pasión y agonía, por un lado; Nietzsche, el pensamiento sin dueño, risa y crisis, por el otro. Sin embargo, ya el “Post-scriptum de 1953”, que Bataille agrega cuando toda la *Suma* se había conformado, plantea la importancia de que la experiencia no sea sólo una vaga espiritualidad sin dioses, sino una ruptura, una violenta excursión hacia el acto más nítidamente imposible: ser otro, vivir la muerte de otro, pensar la vida de otro. De allí la sensación de revelación o de confirmación que brindan los fragmentos inéditos, las variantes y los desarrollos no incluidos en el libro, que ahora se traducen al español por primera vez, como dije y hasta donde sé. Es como si esas vacilaciones vinieran a reiterar en nosotros la impresión de vida, la intensidad casi inigualable del libro, aun cuando a veces nieguen las pocas definiciones medianamente claras que se habían planteado en él. ¿Era una experiencia mística sin dios? ¿O era sólo *como* lo que se describe en las frases quebradas, oximorónicas, de los testimonios de los místicos? En uno de los manuscritos inéditos, en un párrafo excluido,

Bataille niega esta facilidad, por la cual su libro ingresaría en un género: “Esta es mi última palabra, mi ausencia de presuposiciones, mi rechazo de todo misticismo. Pero no dejo por ello de existir más acá de esa última palabra, en la vía de la cual es la salida –la única salida”. “No saber lo que soy”, tal es la vía de la última palabra. Aunque siempre hay una palabra más, la no completamente última. Las variantes de escritura de *La experiencia interior*, así como los sucesivos intentos de darle una continuación, de corregir, de refutar posibles, inevitables malentendidos, son verdaderas pruebas de que una experiencia habrá tenido lugar. Eso no se podía decir, al menos no claramente, no con los medios conceptuales de la filosofía en su carácter profesoral, tampoco con las figuras de la poesía que parece resignar la comunicación para celebrar el contagio; sin embargo, se escribió, se fracasó en escribirlo, se siguió escribiendo por años, y luego en otros libros, en otros esbozos, hasta la muerte.

Y los fragmentos póstumos, ¿serán la última palabra sobre la experiencia que Bataille creyó rozar? Más bien allí se postula un esfuerzo infinito de pensar, de escribir. “Sé que ese esfuerzo en su principio –dice el escritor póstumo– es también un sometimiento, pero no hacerlo, entregarse a la despreocupación, es aceptar la servidumbre”. Se trata de hacer del servilismo de las palabras, que parecen un medio, un mero vehículo del pensamiento, un auténtico uso soberano, y que sean ellas mismas el pensamiento y su destrucción, el libro y su inaccesibilidad, la vida y su experiencia irreproducible.

Tal afirmación, por momentos, desemboca en la angustia. O sea: no es posible escribir nada. Y si se escribe, no se llega a nada. El triste afán de hacer un libro no es en sí una experiencia, apenas un proyecto. Pero el proyecto puede ser el principio de su propia negación, y en esa sustracción de las palabras del proyecto quizás se abra la vía para lo que no son las palabras, experiencia o incluso vacío de la experiencia, felicidad y angustia. En esa búsqueda del punto extremo de pensar, sentir, escribir, Bataille procuró un método para la experiencia, incluso ejercicios de meditación, exploraciones contemplativas de imágenes o estados, pero la única palabra soberana se callaba a cada paso; los métodos se derrumbaban, las descripciones se vuelven literatura, fugas hacia adelante. Las páginas siempre desembocan en aquello de lo que huían. La lucha contra los axiomas se torna axiomática. Tan sólo el balbuceo, el anacoluto, el fragmento, como tantos papeles sueltos en el fondo de archivos póstumos, serán huellas de la agitación incesante de un ser

que intenta comunicar la intensidad de su ausencia en lo escrito. En la parte final de un borrador descartado para un posfacio inconcluso, leo: “Estoy situado de tal manera que el inacabamiento inmutable de mi esfuerzo se parece al inacabamiento de la humanidad entera”. ¿Querrá decir esto que hay una comunidad en lo imposible, en la experiencia del inacabamiento perpetuo, en la repetición de la inaccesibilidad, o sea de la muerte? Y esa comunidad, ese deseo de comunicar que disuelve todo medio de comunicación instrumental, se afirma en la tensión, en la tendencia hacia su propio núcleo de vacío absoluto.

Un cuerpo no es un libro, pero acaso el libro, en el que tantas veces se inclinó o se impulsó el cuerpo al escribirlo, pueda ofrecer la materia de una comunicación para la experiencia, su autoridad incomunicable. La muerte puede que sea la misma para todos, una simple nada, pero no el movimiento del deseo que la anticipa y se complace o padece en la angustia de no serlo todo, en su propio límite apenas entrevisto. En otro borrador, para un apartado no terminado que se habría titulado “Expresión intelectual de la experiencia”, Bataille balbucea: “Escribir mi libro / Me fuerzo / ya nada más, la enfermedad me obstaculiza y por otra parte no me intereso en ello más que... / y una vez terminado el libro, después de lo cual yo / la vida que continúa, pero con una tristeza más, el libro terminado, abandonado, yo más allá en el vacío”. De allí que la angustia de no poder escribir aquello que intensamente impulsa a hacerlo se mezcle con la alegría de una fuerza que nunca se agotaría, sobre todo perceptible en los borradores, en ese llamado a otro que aparece más allá del yo y su vacío. Es como si el libro, finalmente publicado y luego corregido y aumentado en nuevas ediciones, escondiera detrás del abandono, detrás del hecho de haber sido soltado y dejado caer, no sólo la angustia de ese objeto inerte sino también la gloria de tocar a alguien. El lector no existe, como es sabido, ¿se enfrenta entonces el autor a su propia imagen en el mencionado desarrollo inédito que se titula “De la angustia a la gloria” y que se dirige a una segunda persona? ¿Se oculta la “gloria” en los borradores, como el núcleo secreto de la simple angustia de terminar en un libro? La gloria podría ser también la risa. La que nos invade cuando volvemos a sentir la locura de Bataille en su estilo, en sus reiteraciones. Y además, en esos escritos olvidados, abandonados, póstumos, él me habla: “Cuando te ríes, te percibes cómplice de una destrucción de lo que eres, te confundes entonces con ese viento destructor que conduce todo sin piedad hacia su fin”. El viento nos arrastra, pero en caso de existir

la risa, el pánico, quizás la sencilla y prosaica identificación, no habría ya alguien que escribe solo en su biblioteca de principios del siglo XX, y otro que lee aislado en un mundo distante que curiosamente coincide con el *hic et nunc* del lenguaje, se habría producido un espacio común, por imposible que parezca. Bataille no deja de interpelar a otro, en una hoja que nunca vería impresa: “Por eso tengo que pedirte ahora, puesto que recorres frases donde el silencio del pensamiento se inscribe aún con más necesidad que su encadenamiento, que renuncies si desde muy lejos no sientes la angustia en la cual estoy tratando de *comunicar* contigo. Si esta lectura no debiera tener para ti la gravedad, la tristeza mortal del sacrificio, quisiera no haber escrito nada”. “Comunicar” y no “comunicarse”, no ofrecer los datos de un yo que se enlazarían con un receptor, sino contagiar el corte, el silencio. Si esta lectura no pudiera, no debiera ser una experiencia, un peligro y un goce, una salida y un estallido interno, mejor sería no haber escrito nada. Puesto que se trata de escribir lo que no es nada, el corte de las frases y el silencio del pensamiento. Y lo que debería comunicar entre dos vacíos pronominales sería más un acto que un sentido. Antes del sentido hubo algo, cuya definición es imposible, ya que definirlo sería darle el sentido que en su origen no tuvo ni pudo tener; después del sentido, de frases que se encadenan, de los libros, del pensamiento que habla, no hubo más que un acto sin autor, morir tal vez.

Garabatea Bataille siempre algo más, bajo un título de pureza sin nubes: “Ante un cielo vacío”; ¿qué escribe? La insuficiencia del trabajo de conocer, porque lo conocido nunca habrá de ser la operación soberana. Alguien se equivoca, se pierde, extravía el hilo de lo que venía diciendo, pero en caso contrario, ¿cómo podría ser libre? Al margen, esta sentencia: “no es raro comportarse soberanamente / pero nadie piensa soberanamente”. El cielo vacío no es siquiera azul, porque la operación soberana sólo puede definirse en la noche, fuera del pensamiento consecuente. La oscuridad del cielo súbitamente se rompe, “instantáneamente, la noche se convertiría en rayo, en luz de día, el temor helado en sonrisa”. Tal vez esa nada soberana, la risa de existir soberanamente en el instante de un chispazo, sean la negación del libro, pero no implican su denegación, su rechazo, sugerirá Bataille en un borrador del post-scriptum para la reedición. La experiencia no podía darse sin la reflexión sobre la experiencia. El corte exige un encadenamiento; la cumbre, una llanura. La experiencia, tal vez, no le pertenece a nadie, pero no podría siquiera esbozar su aparición si alguien no

hubiese abierto una ausencia en el interior de su hipotética presencia de ser vivo. Quizás eso signifique el adjetivo “interior”, la revelación de nada dentro del cuerpo del que escribe, el corte sin explicación en las palabras que se escriben, ausencia del “yo” en el lugar donde se piensa.

En un conocido ensayo sobre el amigo muerto, que se titula precisamente “La amistad”, Blanchot se preguntó por esa comunicación imposible con quien ya se había ausentado en la supuesta realidad. La obra no podía sustituir ni tampoco evocar esa presencia que era sobre todo algo inacabado, ahora que todo lo posible para él de repente ya no lo es. Lo que subsiste, libros, sólo tiene una existencia encadenada, histórica, la serie de una historia literaria, que transforma toda huella en conocimiento, en archivos. Obviamente, de esos archivos se vale esta edición, sus variantes y sus anexos, de esas huellas trucas, como petrificadas y descascaradas, nos llega a nosotros, que nunca la sentimos como presencia, la voz vacilante de Bataille, la experiencia imaginaria de su impulso. “Es el momento de las obras completas”, consigna Blanchot sobre su amigo muerto, y eso lo llena de melancolía, como si debiera velar por lo no escribible de una vida que ninguna anécdota podría captar. “Se quiere publicarlo ‘todo’, se quiere decirlo ‘todo’; como si no hubiera ya más que una urgencia: decirlo todo; como si el ‘todo está dicho’ debiera por fin permitirnos detener una palabra muerta: detener el silencio lamentable que viene de ella y retener firmemente en un horizonte bien circunscripto lo que la equívoca espera póstuma mezcla aún ilusoriamente con nuestras palabras de vivos.” Se produce así esa ilusión que para nosotros es lo único que queda, ya que no tuvimos la “experiencia” de escuchar a Bataille. El mínimo fragmento póstumo, unas palabras al margen de manuscritos guardados para proyectos abandonados, nos hace creer en la vida de aquella experiencia, en su afirmación, todavía, a pesar de todo. Y así como Bataille pudo creer en una comunidad de amigos, de lectores de otro muerto, Nietzsche, cuya experiencia, cuyas huellas póstumas, inacabadas, habrían dado testimonio de algo soberano, demoledor, elegante y al mismo tiempo de una gran risa sin consecuencias, también ahora se puede seguir pensando en la comunidad de quienes leen a Bataille, perplejos o fascinados por su experiencia de ser. Incluso cuando, o sobre todo cuando el que lee está solo y esa comunidad está toda en él, una multitud y un desierto dentro de un yo que sigue las huellas de otro que ya no existe.

Bataille parece hablar de sí mismo, dirá Blanchot; como si sus libros abrieran la vía hacia una intimidad o una biografía, pero sólo es

una apariencia. ¿Quién es el que habla cuando todo se condensa en un rastro escrito, en un libro? La pregunta por el “quién” de una experiencia incommunicable es sin embargo la última comunicación que unas palabras le ofrecen a quien las lea, puesto que la pregunta no cierra, no une, contagia apenas su incertidumbre, tiene la inminencia de una revelación que no puede producirse sino después del libro, o que se produjo antes, en lo olvidado o en lo inmemorial. “¿Quién habla?” quiere decir: “¿quién muere?”. El nombre de Bataille es el que nace y muere en este libro que promete todos los suyos, que los anula también. La *Suma ateológica* no será un sistema de tratados, sino un conglomerado amorfo de confesiones, diarios, citas, relatos, una hilera discontinua de fisuras, un territorio craquelado. Los sismos que originan tales quiebres a veces se identifican: sexo, dolor, ausencia de sentido, la vida que se cree todo y de golpe se vacía de todo, la muerte de alguien, su agonía sagrada. Pero, advertirá Blanchot, amigo de una discreción difunta: “¿es seguro que habla de sí? Ese ‘Yo’ cuya presencia su búsqueda parece aún manifestar en el momento en que aquella se expresa, ¿hacia quién nos dirige?”. Sin duda que no hacia la biografía ni su fondo ilusorio de anécdotas o recuerdos, tampoco hacia la ficción de su potencial narración; la experiencia no es el relato de la experiencia, ni mucho menos la suma de vivencias o de instantes. Hay momentos privilegiados, pero su relato o su definición no pertenecen al momento. Blanchot pregunta de nuevo: “¿Quién fue el sujeto de esta experiencia?”, pregunta que ya brinda una respuesta, si es bajo esta forma interrogativa como se afirmó en el mismo que la planteó, sustituyendo al ‘Yo’ cerrado y único por la abertura de un ‘¿Quién?’ sin respuesta; no porque signifique que le haya bastado con preguntarse: ‘¿Qué es ese yo que soy yo?’, sino, mucho más radicalmente, recuperándose sin descanso, no ya como ‘Yo’, sino como un ‘¿Quién?’, el ser desconocido y evanescente de un ‘¿Quién?’ identificado”. Y eso es lo que nos ofrece *La experiencia interior*, no sólo su título, sino que vislumbremos el interior de una experiencia incierta. Al leer una apertura hacia la ausencia de quien escribe, acaso eso nos comunique, nos haga decir: “No soy sino el quién de una experiencia que lee”, y que la muerte habrá de sellar con un punto, o una serie de puntos todavía invisibles, para que el ser desconocido que somos parezca haber estado identificado y por escrito.

Este prólogo no debería seguir más allá de la pregunta por la experiencia y su imposibilidad de respuesta. El libro no tiene respuestas, sino métodos, destrucciones de métodos, remolinos de crisis, poesía y

rechazo de la poesía, éxtasis y silencio. Y así como el libro se resiste a serlo, el prólogo se cierra en su propia resistencia, no puede decir la intensidad que vendrá después, su inminencia incierta, ni un “yo” ni un “logos”, sino sus salidas, las heridas del cuerpo, la inaccesibilidad del lenguaje.

Silvio Mattoni
Córdoba, febrero de 2016